

Siglo XX

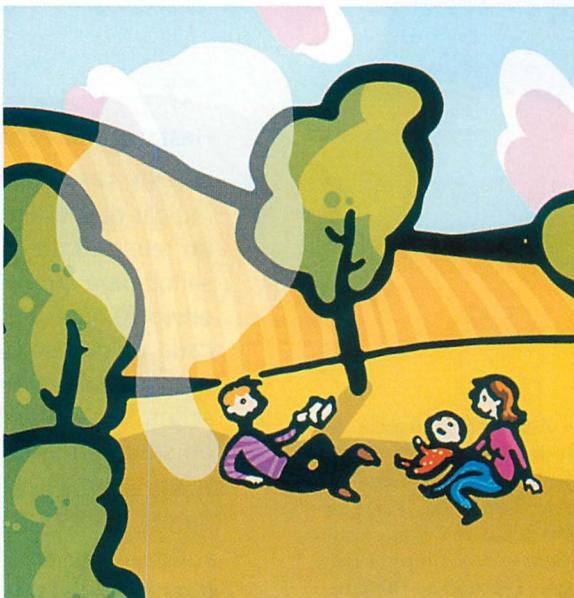
Siglo XX pretende rescatar textos que nos parecen valiosos y que pertenecen a un pasado no tan lejano.

Porque muchas cosas ya han sido dichas y volver la mirada hacia ellas es una manera de reconocer su actualidad y homenajear a sus creadores, intelectuales inconformistas con su tiempo, que supieron mirar más allá de las caducas ideas del momento.

¿Cómo hacer llegar al lector hasta el libro?

Con el afán de una aplicación inmediata, muchas encuestas se han ocupado de averiguar lo que los lectores leen con el fin de deducir lo que desean leer, en una palabra, con el fin de determinar sus gustos. De forma general, los resultados son decepcionantes. En una misma obra algunos pueden perseguir una información, otros una evasión, otros un enriquecimiento cultural. Así es cómo en el seno de un mismo grupo de niños, algunos de ellos leerán *Moby Dick* para documentarse acerca de la pesca de la ballena y otros para seguir las peripecias apasionantes de una aventura del mar. En cambio, un adulto al leer dicho libro vivirá el drama personal del capitán Ahab.

De esto se desprende que el acto de lectura es, cuando menos, tan importante como el texto leído para determinar los gustos. Al propio tiempo que se indaga lo que leen los lectores, también se tiene que indagar el cómo y el por qué leen.



Tae Mori. *La naturaleza*. Anaya, 2004

Las respuestas son de muy difícil interpretación. Cuando se pregunta a los lectores acerca de los motivos que les incitan a leer, se obtiene una proporción variable, pero siempre bastante alta de contestaciones del tipo “para distraerme”, “para relajarme”, “para descansar”, “para evadirme”.

Resultaría imprudente llegar a la conclusión de que esos lectores que, de forma general, parecen querer huir de la realidad

refugiándose en el universo del libro, constituyen un grupo homogéneo frente a aquellos que declaran leer para informarse, instruirse o enriquecer su espíritu. La noción de evasión, en particular, resulta muy ambigua. Aun cuando el idioma contemporáneo proporcione a ese término un matiz reprobatorio, se tiene que admitir que una evasión puede ser, en el más estricto sentido de la palabra, una liberación, por ende, un enriquecimiento deseado y buscado de forma deliberada.

Parece como si fuese ese afán de enriquecimiento el que permite establecer un primer distingo fundamental en el comportamiento de los lectores. Hay personas para quienes leer es un gesto y otras para las que es un acto. Dicho en otras palabras, consideramos como dos fenómenos diferentes la lectura “indolente” y la lectora “motivada”. La primera se incluye en todo un conjunto de consumos de diversos tipos y se la ha comparado a veces con una droga, lo que resulta, quizás, una asimilación un tanto abusiva en la medida en que la droga tiene un carácter anómalo. La expresión “pasatiempo” es, probablemente, la que mejor le cuadra. Se trata de una actividad que nos permite ocupar los tiempos muertos de nuestra existencia, tal como rellenar rápidamente el cuadrilátero de un crucigrama fácil o escuchar y mirar sin demasiada atención cualquier emisión de televisión. Existe entre ella y la lectura motivada la misma diferencia que entre la *smalltalk*, intercambio ritual de tri-

“El comportamiento objetivo corresponde a las lecturas de tipo informativo o educativo y responde a motivaciones tales como: ‘Leo para instruirme, documentarme, informarme, cultivarme, enriquecer mi espíritu, educarme, superarme, perfeccionarme, etc’.”

vialidades, y la conversación. Se puede decir que ésta es una lectura entre paréntesis, que no deja huella sobre la vida “real”. El universitario que lee una novela policiaca de serie en el tren, no se siente comprometido como lector por dicha lectura.

Esta distinción es la que hace tan difícil, por no decir casi imposible, la encuesta. El distingo entre los dos tipos de lecturas no implica una tipología de los lectores. Toda persona que practique la lectura es, alternativamente, un lector indolente y un lector motivado. Ocurre, inclusive, que se pasa frecuentemente de una actitud a la otra en el curso de la lectura de una misma obra. Todo el mundo conoce esa especie de aviso que se produce en la mente cuando una página atrae súbitamente la atención, moviliza la inteligencia o la sensibilidad, y modifica por completo la forma de leer, hasta el extremo de que casi siempre se experimenta la necesidad de volver atrás para empezar una nueva lectura, una lectura completamente diferente.

Como parte del consumo que es, la lectura indolente es un comportamiento particularmente generalizado en los países industrialmente desarrollados.

Muchas personas que declaran no leer nunca, leen, en realidad, mucho más de lo que se imaginan, aun cuando no fuese más que su periódico cotidiano, pero lo leen de forma tan marginal que,

“Muchas personas que declaran no leer nunca, leen, en realidad, mucho más de lo que se imaginan, aun cuando no fuese más que su periódico cotidiano, pero lo leen de forma tan marginal que, en su mente, esto no cuenta”

en su mente, esto no cuenta. Para el periódico, al igual que para el libro, existe una lectura indolente y una lectura motivada, pero aún están más entremezcladas cuando se lee un diario.

Por otra parte, y como es natural, la lectura motivada es una actitud infinitamente más frecuente entre los lectores que acuden a las bibliotecas, puesto que el mero hecho de dicha frecuentación significa ya una voluntad deliberada de ponerse en contacto con el libro. Por ejemplo, tan sólo el 10 por 100 de los lectores de bibliotecas públicas o escolares del Chad declaran espontáneamente leer “para no aburrirse”, “para olvidar” o “para conciliar el sueño”, en tanto que el 51 por 100 de los lectores de una ciudad francesa, de los cuales tan sólo una cuarta parte frecuentaban las bibliotecas, declaraban leer “para distraerse, relajarse, despolarizarse o para descansar la mente”.

Así y todo en estos dos ejemplos queda por saber todavía lo que es motivación auténtica y lo que no lo es. En efecto, leer “para olvidar” o para “distraerse” puede corresponder a comportamientos perfectamente deliberados que implican una selección consciente

de lecturas. Y precisamente es la selección lo que caracteriza la lectura motivada. El lector no lee no importa qué, sino determinados libros o determinadas clases de libros bien concretas, sea cual sea la valía objetiva de esos libros desde el punto de vista de los entendidos en la materia. En cambio, en la lectura indolente no existen prácticamente criterios de selección coherentes, y los pocos que hay son negativos: se elimina todo cuanto pueda significar un esfuerzo mental o pueda chocar demasiado abiertamente las costumbres.

Por demás, es la forma de escoger el libro lo que permite establecer una primera distinción entre las lecturas motivadas. Se ha comprobado que algunos lectores escogen un libro según el tema tratado y dan, por tanto, bastante importancia al título, en tanto que otros lo escogen por ser de tal o cual autor, o, cuando más, según la colección a la que pertenece. En la primera categoría se encontrarán, grosso modo, los aficionados a obras de información, sean éstas didácticas o no. En la segunda se encontrarán los aficionados a las obras de ficción. Sin embargo, y por supuesto,

no son éstos más que indicios de tipo muy general, pues, repitémoslo, el uso que se hace de un libro depende de las predisposiciones del lector tanto o más que de las intenciones del autor: se puede buscar y hallar información en una nove-

la e, inversamente, hacer una lectura novelesca de una obra histórica, etnológica o, inclusive, de ciencias naturales.

Investigaciones aún en curso parecen haber demostrado que esos dos tipos de selección de los libros corresponden a dos comportamientos de base, uno que se podría calificar de comportamiento objetivo y el otro de comportamiento de participación. En el primer caso, la actitud del lector ante el libro es autónoma e independiente; mantiene una distancia entre él y su lectura a la que orienta a capricho de sus necesidades conscientes. En el segundo, el lector se introduce en el universo del libro, se identifica con sus héroes, si es que los hay, o cuando menos se adentra en el texto que se le brinda como si de un ambiente real se tratase.

El comportamiento objetivo corresponde, como se puede suponer, a las lecturas de tipo informativo o educativo y responde a motivaciones tales como: “Leo para instruirme, documentarme, informarme, cultivarme, enriquecer mi espíritu, educarme, superarme, perfeccionarme, etc.”. El comportamiento de participación que es, hablando con toda propiedad, el



Tae Mori. *La naturaleza*. Anaya, 2004

comportamiento literario, es mucho más complejo y más difícil de delimitar. Sus motivaciones explícitas son, las más de las veces, inconcretas y decepcionantes: “Esto me gusta, me apasiona, me cautiva, me interesa, me emociona, me permite soñar, evadirme, etc.”. La participación misma puede ser multiforme: no se adentra uno de la misma manera en una novela o en un poema.

Resaltemos simplemente la gran distinción existente entre los que sacan algún provecho del libro y los que van al libro. La edad, el estatuto social, el grado de instrucción también desempeñan un papel, pero raras veces de manera directa. Se puede decir, cuando más, que los que asumen responsabilidades y son conscientes de ello practican por lo general la lectura objetiva, mientras que la lectura participante la practican más bien los que experimentan y acusan las servidumbre de la existencia. La forma de leer depende en gran parte de la manera de ser de cada persona, de los vínculos que reconoce tener con su universo.

De todo ello se puede sacar la conclusión de que si el paso de la no lectura a la lectura en general es, en gran medida, asunto de organización institucional, el paso de la lectura indolente a la lectura motivada plantea problemas tanto más difíciles de resolver cuanto que son de naturaleza muy variada.

El primero de ellos y, tal vez, el más grave, es el que reside en el material de lectura. El llevar al lector hacia el libro no significa nada si no se dispone de obras hacia las cuales sus motivaciones le impulsan. No es tan sólo una simple cuestión de elección. Más de la mitad de la población lectora del mundo, ya lo hemos visto, no dispone de las lecturas necesarias para satisfacer sus necesidades de base.

Las dificultades no resultan ser menores en los grandes países productores de libros. En éstos, la pro-

ducción es a menudo tan abundante que al lector “objetivo” le resulta difícil saber cuáles son los libros que podrían, eventualmente, aportarle el material intelectual que ansía, así como dónde poder hallarlos. Por otra parte, dicha producción es, por lo general, obra de una capa intelectual minoritaria pero, sin embargo, lo suficientemente importante como para constituir un mercado del libro que funciona en su circuito cerrado. El lector “participante” que no firma parte de este ámbito literario experimenta a menudo la sensación de que los libros que le proponen no le conciernen, que traducen experiencias ajenas a la suya propia y en un lenguaje que no siempre es accesible.

La primera de esas dificultades no puede ser superada más que mediante la creación y el desarrollo, tanto en el plano nacional como en el plano internacional, de servicios de documentación y de información al alcance de todos. Ahora bien, ese mismo remedio resultaría ineficaz si la información no se propagase de manera recíproca y si los productores de libros no fuesen puestos en antecedentes, no tan sólo de las necesidades de los lectores, sino también de la forma en que dichas necesidades están expuestas. Todo lo cual supone relaciones constantes y directas que, por supuesto, existen pero que no siempre están suficientemente desarrolladas. Resulta frecuentemente mucho más cómodo, quizás, orientar al lector hacia una adaptación realizada en su país de origen que hacia una traducción adocenada o una simple reimpression.

No se podrá llevar al lector hacia el libro más que en la medida en que el libro estará ya entre los lectores. En determinados países, y especialmente en los países socialistas, se procura facilitar contactos directos entre escritores y lectores. Pero esto no basta, se tiene que llegar a más.

El lector debe, ante todo, estar en condiciones de poder expresarse. La organización literaria tradicional tendía a proveer a la minoría letrada de dichos medios de expresión, al propio tiempo que proporcionarle el marco y las posibilidades de intercambio de información. Tal era el fin principal de la formación escolar “clásica”, y todavía sigue siendo así como se forma, las más de las veces, la opinión literaria, gracias a los artículos de la crítica, las conversaciones, las polémicas que una persona perteneciente a dicha minoría puede tener con escritores, artistas, universitarios, profesionales del libro —libreros o bibliotecarios— o, sencillamente, con otros lectores de igual formación. Pese a las apariencias, el lector letrado nunca está solo cuando lee.

No sucede lo mismo con el lector perteneciente a la masa, debido a que la ausencia de un marco y, sobre todo, de un lenguaje para expresar sus aspira-

ciones y sus reacciones, le condena a una suerte de soledad. Proporcionarle o, mejor dicho, permitirle crear dicho marco y elaborar dicho lenguaje,

debe constituir uno de los objetivos principales del estímulo al servicio de la lectura.

Refiriéndose a las condiciones de lectura en las que se desenvuelve el lector en determinados países de África, un experto ha escrito: “En África, el retraimiento de un individuo fuera de la comunidad es sospechoso y considerado como una amenaza para el grupo; así pues, a menos que la lectura de un individuo se revele claramente como una inversión que a cambio será provechosa para el conjunto del grupo (...), la comunidad africana tendrá más bien, tendencia a reprobar el acto de lectura solitario. He aquí un obstáculo que no se debe menospreciar, pero que, con toda seguridad, se puede salvar por la tangente creando y multiplicando los clubes de lectura, por ejemplo”.

Mutatis mutandis, dicha observación se aplica a la promoción de la lectura en todos los ambientes. Las numerosas técnicas que se han ensayado o que se han aplicado para crear en torno al libro la vida colectiva que permite al lector tomar conciencia de sus motivaciones y expresarlas, pueden reducirse a tres grandes tipos: las técnicas de grupo, tales como el club de lectura organizado o la reunión celebrada al margen de otra actividad; las técnicas de presentación, que pueden abarcar desde la simple exposición hasta auténticos espectáculos (los “montajes de libros”, por ejemplo) interesando el teatro, el cine, la proyección fija, la grabación sonora o la televisión en circuito cerrado; las técnicas de estímulo global, que movilizan todos los recursos de una comunidad durante un tiempo determinado en torno a un tema expuesto por un libro o por un conjunto de libros.

La red de librerías y de bibliotecas es, a todas luces, el marco privilegiado de estas actividades. Se está operando una mutación de la librería en el sentido de una participación a la vez más extendida y más vinculada a la vida de la comunidad, aunque, bien es verdad, las nuevas redes comerciales están todavía poco adecuadas para desempeñar dicha tarea. Algunos de los objetivos prioritarios para los especialistas de la promoción de ventas y de publicidad podrían ser buscar la forma de transformar en centros de estímulo cada uno de los puntos de distribución del libro (especialmente de las zonas rurales), prestar a la venta por correspondencia el carácter de una verdadera actividad colectiva en la que encontrarse la contestación del lector cumplido lugar, finalmente introducir el libro en los intercambios de todo tipo que

“La forma de leer depende en gran parte de la manera de ser de cada persona, de los vínculos que reconoce tener con su universo”

constituyen el marco de la vida social del hombre moderno, no simplemente como un objeto de consumo, sino también como un medio de información,

de comunicación, de expresión. Con mayor razón aún es necesario que la biblioteca –que, de ser un lugar de conversación ha pasado a ser un lugar de difusión– se convierta, al desmultiplicarse, en un lugar de atracción. No lo puede hacer más que estando presente de una manera u otra en todos los lugares donde convergen los hombres y brindándoles la oportunidad de exponer sus criterios. A tal efecto, la biblioteca no debe pasar por alto ninguno de los lenguajes a los que recurren las comunidades humanas: lenguajes tradicionales de la palabra oral, del gesto o de la imagen, nuevos lenguajes de los medios audiovisuales. Ha pasado el tiempo de que el libro pueda permanecer solo en la biblioteca. Ahí debe dialogar con todo cuento, de la danza al teatro, del periódico a la televisión, expresa las alegrías, las angustias y las preocupaciones de la vida cotidiana, tanto si se trata de deportes como de política, de técnica como de amor, de problemas sociales como de problemas de índole religiosa.

Sin embargo, es a la escuela a la que corresponde la labor de mayor importancia. Ya hemos puesto de relieve anteriormente el carácter decisivo de la etapa preescolar para la adquisición de hábitos de lectura. El parvulario debe desempeñar aquí su papel de iniciador introduciendo el libro en la vida del niño, no como herramienta didáctica, sino como la base de experiencias continuamente renovadas que permiten a éste descubrirse a sí mismo, así como al mundo que le rodea. Ya a esa temprana edad, la práctica de la expresión personal en un marco colectivo constituye el mejor de los aprendizajes en pro de la lectura. El aprendizaje ulterior de la lengua escrita debe ser considerado como la adquisición por parte del niño del dominio de los medios de expresión. Ésta le permitirá, más adelante, interrogar mejor al libro, atendiendo a unas necesidades y a unos anhelos percibidos y expresados con mayor claridad. En cuanto a la enseñanza de la literatura, ésta deberá consistir en una búsqueda que permitirá al niño encontrar por sí mismo lo que, en la producción literaria clásica o contemporánea, responde mejor a la obra que lleva dentro de sí y de la que, si toma conciencia de ello, proseguirá durante toda su vida la realización a través de la lectura. ☒

Ronald E. Backer y Robert Escarpit

Tomado de: *El deseo de leer*. Barcelona: Península, 1974